

Se publica todos los domingos
al precio de una peseta el trimestre.
Pago anticipado.
Número suelto 10 céntimos.

El Pueblo

La correspondencia y canje
al Director de este periódico, tanto para
asuntos de redacción
como de administración.

PERIÓDICO REPUBLICANO DEMOCRÁTICO

MINUTA

El odio y la compasión

Si tal vez pareciere extraño haber dado como primer obstáculo a la realización del derecho entre los pueblos, el odio, responderemos que la primera ley internacional firmada por todas las naciones civilizadas, es una ley de amor. Mirad esas masas de hombres armados que avanzan para trabar entre sí encarnizada lucha; delante llevan la bandera de la patria que los impulsa a dañarse, detrás la bandera de la humanidad que les promete consuelo: la bandera blanca con cruz roja, emblema de pureza, de sacrificio, de amor, que dice: *los enemigos heridos son hermanos*. Hombres de diferentes razas y países, que obedecen a diferentes leyes, que no adoran a Dios del mismo modo, todos admiten el código de la compasión, y unido por ella el combatiente, al caer es cosa sagrada. Las entrañas de la humanidad se conmueven al ver los campos de batalla, donde los progresos de las ciencias y de las artes se convierten en aumento de estrago y desventura.

Si algún día se escribe la historia de la compasión, la inspirada por los pobres, heridos en los campos de batalla, formará un capítulo importante. Entonces se verá bajo su fase menos cuestionable y más consoladora, el progreso humano; y como de abandonar cruelmente a los compatriotas, a los compañeros en el combate, se ha llegado a dar auxilio eficaz a los extranjeros, a los enemigos. Desgraciadamente, serán pocos los datos para esta interesante historia: es costumbre consignar los hechos y los nombres de los que vierten sangre, no los de aquellos que la restañan.

CONCEPCIÓN ARENAL.

(De *El Herald*.)

Notable salvamento

Consecuentes con el propósito que nos hemos impuesto de vulgarizar en nuestro país las positivas ventajas que en la navegación pueden obtenerse con el uso acertado y discreto del aceite para calmar las olas, reseñaremos hoy el notable salvamento que recientemente acababa de efectuar el trasatlántico francés *La Champagne*.

Uno y otro día venimos ocupándonos en vencer la resistencia que en los buques españoles se presenta, para aceptar este procedimiento, que debiera ser mirado con más interés.

No los razonamientos teóricos, sino los hechos prácticos y las experiencias, son los que han de dar a conocer su valor y destruir el escepticismo que respecto a este asunto se observa.

Bajo este concepto dejamos la palabra al inteligente Capitán de *La Champagne* M. Boyer, que relata el acontecimiento.

•El 22 de Agosto próximo pasado con

viento del ONO., mar gruesa, y en derrota de América a Europa, nos encontramos a las ocho de la mañana sorprendidos, con que en una región extensa, la superficie de las aguas estaba ocupada por infinidad de tablas que parecían provenir del naufragio de un buque con este cargamento.

A las 8 y cuatro minutos, el vigía señaló por nuestra amura de estribor un velero a la capa. Examinado detenidamente, parecía tener amorrónada su bandera.

Más en su proximidad, distinguimos ser de nacionalidad inglesa, con aparejo de brik-barca nombrada *Alumbach*, de Londres y dirigiéndose a Liverpool con cargamento de madera.

Como consecuencia del ciclón que acababa de sufrir, el buque estaba completamente anegado, destrozada en parte su obra muerta; las maderas que llevaba en la cubierta sin sujeción alguna y convirtiéndose en un verdadero peligro para los que por ella tenían que transitar; sus embarcaciones todas inútiles.

Me acerqué cuanto fué posible al buque para poder ponerme al habla con el Capitán. Al mismo tiempo disponía lo conveniente para poder arriar un bote salva-vidas, y di órdenes para que por la banda de babor (que era nuestro sotavento) se flase aceite por los tres *water closets* de la proa, centro y popa.

Siendo de madera el cargamento de la *Alumbach*, juzgaba que la tripulación no estaría en inmediato peligro, y que esto me permitiría sostenerme algunas horas a la vista del buque, con objeto de dar tiempo a que la mar fuese menos gruesa, antes de exponer mis marineros a un peligro que ya juzgaba evidente. Pero a nuestras preguntas respondió el Capitán inglés que tenía necesidad de socorro inmediato, rogándome le enviara un bote, porque todas sus embarcaciones estaban fuera de servicio. Los marineros de la barca estaban todos reunidos en la toldilla, única parte del buque en que se podía estar, porque a cada golpe de mar la cubierta era barrida de estribor a babor.

Comprendí, pues, bien claro que la *Alumbach* estaba anegada, inutilizados sus viveres, y expuesta su tripulación no sólo a ser arrastrada por un golpe de mar, sino también a perecer de hambre si no se les socorría inmediatamente.

Nos encontrábamos en la región en que las nieblas son muy frecuentes. ¿Qué ocurriría a esta pobre tripulación si presentándose de pronto la neblina el salvamento se hiciera imposible? No había pues, duda de que debía inmediatamente poner manos a la obra, si bien con las precauciones necesarias para hacer más fácil esta operación y menos peligrosa.

Lo que más me inquietaba, era saber si podría nuestra embarcación atracarse a sotavento de la *Alumbach*; para cerciorarme de ello describí un círculo alrededor de la barca y vi cuán difícil era abarlar el costado de sotavento, a causa de la enorme cascada formada por cada una de las olas que barrían la cubierta.

Preparamos, sin embargo, nuestro bote, cuyo mando fué confiado al primer oficial M. Blanquie.

A sus órdenes iban el primer contra-maestre y ocho marineros. Hice se proveyeran todos de sus correspondientes cinturones salva-vidas, que se desembarazase la embarcación de todo aquello que no fuera útil para la operación del momento, y últimamente la aprovisioné de pequeños sacos, fáciles de manejar, llenos de aceite.

Después de dar una vuelta al rededor de la *Alumbach*, todo estaba dispuesto y paré, situándome a barlovento y a un cable próximamente de distancia. Iba ya a ordenar la salida del bote, cuando una nueva duda se me ocurrió. *La Champagne* estaba situada paralelamente a la *Alumbach* y teniendo el viento por su través, lo que a primera vista se juzgaba la posición más favorable; parecía que así colocado, solo debía temer el que presentando el paquebot más superficie al viento, se acercase rápidamente a la *Alumbach*, cuya deriva debería ser menor. Pero en el momento de ir a mandar desatracar la embarcación, me apercibi de que por efecto de estar el viento rolando, la dirección de las olas era algo más al norte que la del viento, efecto de lo cual recibiendo *La Champagne* el viento por el través, la mar venía de la popa. Era pues, preciso, para enviar el bote, situarme a barlovento de la mar y para ello maniobré convenientemente. No perdí el tiempo con lo anteriormente hecho, pues al colocarme en el puesto que estimaba como más beneficioso para el objeto, tuve la satisfacción de ver que el aceite que había suministrado *La Champagne* durante estas maniobras, había formado una ancha zona de calma relativa, zona que los movimientos de avance y atrás de la máquina habían extendido suficientemente para formar una especie de rada, en la cual penetraba una enorme ola, pero sin ninguna rompiente.

El efecto del aceite era maravilloso y sobrepujo todas mis esperanzas; más beneficioso hubiera sido todavía que la *Alumbach* se encontrase en condiciones de haber podido arrojar aceite; pero esto fué imposible de realizar, aunque se lo pedí al capitán. Díjome que su cámara estaba inundada, lo mismo la despensa, y que la tripulación no podía moverse del sitio en que se encontraba.

Sin embargo, la protección que nos ofrecía la zona de calma que había ocasionado el aceite suministrado por la *Champagne*, la juzgué bastante a asegurar el éxito de la operación que iba a emprender. Así, pues, una vez que me hubiese colocado en situación conveniente, envié el bote de salvamento, acompañándolo de mis votos para el próspero resultado, no sin que torturase mi espíritu la suerte que iban a correr los bravos marineros que lo tripulaban. Partió con el aplauso general de todos los pasajeros que presenciaron desde la cubierta esta arriesgada faena de mar, siendo objeto para mí de satisfacción ver que, a pesar del fuerte oleaje, se comportaba maravillosamente.

Pero la parte más peligrosa en esta maniobra, era el colocarse al costado de sotavento de la *Alumbach*. Lo hacía sumamente difícil, el que el costado arrojaba a torrentes el agua que por la otra banda le entraba y una gran porta situada en el último tercio de popa para la descarga de los tablones sin duda, que vomitaba un caudal de agua suficiente para anegar nuestro bote en un corto intervalo. Y allí precisamente debía situarse para recoger a los tripulantes que estaban imposibilitados de cambiar de lugar.

El acierto e inteligencia de Mr. Blanquie vencieron, no sin grave riesgo, estas dificultades, y con una rápida maniobra pudo tomar a dos de los marineros que componían la tripulación inglesa. Consigno aquí con toda verdad, que el corazón se me ensanchó cuando vi aparecer el bote, que estaba oculto a nuestra vista por el costado del velero.

Un segundo viaje hizo el bote, conduciendo sanos y salvos los otros seis tripulantes que restaban. Izado de nuevo el bote, di atrás a toda fuerza para zafarme de la *Alumbach*, que mi abatimiento había colocado a peligrosa distancia.

En esta faena del salvamento invertimos 45 minutos.

Me resta hacer observar la importancia del inmenso servicio en esta ocasión, debido a *le flage de l'huile*. He leído relatos de acontecimientos marítimos, en los cuales el empleo del aceite evidenció notorias ventajas en cuanto a calmar el oleaje, pero no conocía ninguno en el cual su influencia hubiera sido tan sobresaliente: porque debo decirlo con toda verdad; sin la calma relativa que en este caso se produjo, jamás me hubiera atrevido a exponer a mis marineros a los peligros de la gruesa mar que reinaba.

Hasta aquí lo relatado por el capitán de la *Champagne*.

El Ministro de Comercio de Inglaterra ha premiado con un servicio de mesa, de plata, a Mr. Boyer, teniente de navío capitán del paquete francés la *Champagne*, en reconocimiento del celo y filantropía que demostró en el salvamento de la tripulación de la barca *Alumbach*, del puerto de Londres.

Ha concedido además una medalla de oro a D. Nicolás Blanquie, que dirigió el bote en la faena del salvamento, y una medalla de plata y tres libras esterlinas por cada uno de los ocho marineros que la tripulaban.

Si este distinguido capitán hubiera estado conaturalizado con el escepticismo é indiferencia que en nuestra marina militar y mercante se observa para aceptar como bueno el empleo del aceite, quizás no hubiese faltado el acto de filantropía que le decidiera a intentar el salvamento de los 16 tripulantes de la barca *Alumbach*; pero fácil hubiera sido que el triste premio ó fruto de su noble acción al querer salvarlos aun sin contar con un auxiliar tan valioso y eficaz como el aceite, sólo fuera aumentar el tormento y desventura de los tripulantes del velero, con el doloroso espectáculo

de la muerte inevitable de los bravos marineros que dotaban la embarcación de la *Champagne*.

EUGENIO AGACINO.

Teniente de navío.

Impresiones de Zorrilla

La popular revista *Blanco y Negro* publica, á imitación de la *Revue Illustrée*, de París, las declaraciones íntimas de los más ilustres literatos españoles; en su último número contiene la de D. José Zorrilla escrita días antes de morir, y que compiamos á continuación:

«Rasgo principal de mi carácter.— Haber llegado á viejo sin dejar de ser muchacho.

Cualidad que prefiero en el hombre.— La firmeza para sufrir el dolor físico y para perdonar á sus enemigos.

Cualidad que prefiero en la mujer.— La de que no sea una, ni pueda serlo jamás.

Mi principal defecto.—El de no saber hacer más que versos.

Ocupación que prefiero.—La Nacional: tomar la sombra en verano y el sol en invierno; y he vivido y moriré trabajando.

Mi sueño dorado.—Borrar mi nombre, mi historia y las nueve décimas partes de mis escritos.

Lo que constituiría mi desgracia.—Vivir treinta años más.

Lo que quisiera ser.—Tonto y rico, y no como soy, tonto y pobre.

Pais en que desearía vivir.—En Roma.

Color que prefiero.—El blanco, porque no tiene ninguno y los sufre todos.

Flor que prefiero.—El clavel rojo doble.

Animal que prefiero.—El caballo.

Mis prosistas favoritos.—Quevedo y Manzoni (en *l'proine sposi*).

Mis poetas favoritos.—Ninguno; de todos me encantan y me disgustan obras.

Mis pintores favoritos.—Tiziano, Alberto Durero y Goya.

Mis compositores favoritos.—Escucho la música de todos los maestros y no la juzgo, ¿á qué amargarse los placeres puros?

Mis políticos favoritos.—Maquiavelo y Felipe II.

Héroes novelescos que más admiro.—Gargantúa y Bertoldo.

Héroes que más admiro en la vida real.—Los mártires de los primeros tiempos del cristianismo.

Manjares y bebidas que prefiero.—Las ostras de Ostende y del lago Fussa-ro, los solomillos de ternera y corzo, el queso de Burgos, el vino Chianti y el café.

Nombres que más me gustan.—Jesús, María y Juan, en todas las lenguas que conozco.

Lo que más detesto.—Las mujeres literatas, desde Safo, hasta...

Hecho histórico que más admiro.—Nuestra heroica guerra de Africa, que no nos valió más que un puñado de ochavos.

Reforma que creo más necesaria.—La de no dejar á la política bastardear la religión.

El don de la Naturaleza que desearía tener.—Una memoria y una perspicuidad como las de Menéndez Pelayo.

Como quisiera morir.—De repente, para no cansar á nadie.

Estado actual de mi espíritu.—El de siempre en Babia, de vuelta de las Batuscas.

Faltas que me inspiran mas indulgencia.—Las que se llaman caídas en la

mujer; porque cometiéndose entre dos, se le achacan á ella sola.

JOSÉ ZORRILLA.

Falstaff

El jueves pasado se estrenó en el gran teatro de la Scala, en Milán, «Falstaff», comedia lírica, en tres actos, de Arrigo Boito, música de D. José Verdi.

He aquí el argumento.

El libreto de «Falstaff» está inspirado en la comedia de Shakespeare, «Las alegres comadres de Windsor». Esta comedia del gran dramaturgo inglés, no ha sido considerada, ni en Inglaterra como una gran obra, pero contiene todos los elementos de una pieza seductora y original, Boito la ha escamondado muy poco; ha transportado algunos episodios, suprimido gran cantidad de detalles poco importantes y algunos personajes secundarios, habiendo escrito un libreto rápido de los más alegres.

Cada uno de los tres actos está dividido en dos cuadros.

En el primer cuadro se levanta el telón después de algunos compases de un vivo *ritornello*.

El escenario representa el mesón de la Liga (*Jarretierre*). Falstaff está en escena con Pistola y Bardolfo—dos personajes que Shakespeare bautizó: estafadores que siguen á Falstaff—y el doctor Cañus que recrimina á los que siguen á Falstaff por haberle registrado los bolsillos.

Falstaff interroga á sus acompañantes riéndoles en tono socarrón, lo que exaspera al Dr. Cañus que sale, y el mesonero presenta á Falstaff la cuenta. Este, que habita en el mesón desde algunos meses, detalla la cuenta; todo está bien, el vino, los pollos, faisanes, tartas, todo; hasta una *acciuga* (anchova).

Pero Falstaff no tiene dinero; es necesario encontrarlo. Anuncia á sus acólitos que quiere hacer la corte á dos señoras, Alicia Ford y Meg. Page, dos burguesas cuyos maridos son ricos y explotará sus bolsillos. La señora Ford, en particular, que le parece le ha mirado con buenos ojos, es la primera cuya virtud sitia Falstaff. Entrega á Pistola y á Bardolfo dos declaraciones amorosas para las señoras indicadas. Pero con gran sorpresa los dos pillos no quieren llevarlas á destino; uno quiere guardar su reputación y el otro invoca su honor. El honor! dice Falstaff, y aquí se desarrolla un monólogo, una de las páginas más curiosas de la partitura.

Finalmente Falstaff enviará las cartas por su paje y abandona á los dos bandidos.

El segundo cuadro pasa en el jardín de la casa del Sr. Ford. Las dos burguesas á las cuales Falstaff mandó sus cartas, han recibido las declaraciones, que se comunican, las leen y juran vengarse del abominable hombre que ha tenido la audacia de dirigirse á sus virtudes. Todo el mundo es de la conspiración, los parientes, los vecinos, hasta la gentil Nannetta, hija de la Sra. Page, y su prometido Fenton. Resuelven que Alicia Ford, sin decir nada á su marido, contestará á Falstaff, dándole cita en su casa, en donde se vengarán cruelmente.

El tercer cuadro, en el mesón de Jarretierre. Falstaff recibe la contestación de la señora Ford, que le llena de ale-

gría. Pero los estafadores de Falstaff no olvidan que su maestro les ha maltratado y revelan al Sr. Ford el peligro que le amenaza.

Ford, muy emocionado corre al encuentro de Falstaff, con un nombre falso, y obtiene del gran vanidoso todas las revelaciones que desea. Falstaff confía que ha obtenido una cita de Alicia Ford, enseña la carta que ésta le ha escrito, y finalmente, anuncia á su visitante, que en la misma noche, Ford será... cornudo. Desesperación del marido, alegría de Falstaff que se ha vestido, para ir á la cita con un traje de una fantasía indescriptible.

El segundo cuadro de este acto, es de un movimiento, de una turbulencia, de una agitación imposible de contar.

Sir John Falstaff está cerca de su hermosa á la que dirige sus grotescas galanterías, cuando de repente una vecina se precipita en su habitación:— ¡Vuestro marido! grita. Estupefacción general. Imposible ganar la puerta, huir. Meten al enamorado Falstaff dentro dentro la canasta de la ropa sucia y encima le echan servilletas, manteles, enaguas y vestidos, le ahogan casi; aparece Ford. Está furioso y le acompañan algunas personas para registrar la casa. No encuentra nadie. Pero un ruido de besos se siente detrás de una mampara.— ¡Están allí! grita el marido. Se lanza, y ¿qué encuentra? á la gentil Nannetta y su prometido. Huye para empezar sus pesquisas en toda la casa; todos los acompañantes entran, salen, corren:—Vayamos deprisa antes que huya, grita, y entonces, todos, reuniendo sus esfuerzos cogen la inmensa canasta, la levantan hasta la ventana y la echan al Támesis.

Boito ha dejado de lado la segunda mistificación de Falstaff, que consiste en ponerle los vestidos de una vieja bruja y hacerle rodar á golpes por Ford y sus amigos. El libretista ha construido su acto último con las escenas fantásticas y maravillosas que las comadres han organizado en el parque de Windsor. Sir John, siempre amoroso, llega á este sitio, á media noche, llevando en la cabeza los cuernos enormes de un ciervo, y saliendo de todos lados una multitud de diablillos y de hadas. Este acto, delicioso pretexto de música, termina naturalmente en una reconciliación general, y si Falstaff debe volver á los mismos errores, los pasados le son perdonados.

La partitura de Verdi—dice Carlos Darécourt en *Le Figaro*—es de un extremo al otro, un encanto. El compositor de cuarenta dramas líricos, haciendo á los ochenta años cumplidos su debut en la comedia lírica, del primer salto, se ha colocado á la altura de los maestros de este género. Jamás ha estado tan joven, más inventivo, más afortunadamente inspirado, pero por la modernidad de su concepción ha dado vida á una forma del arte italiano que podría considerarse desaparecida para siempre.

Verdi ha adoptado en el «Falstaff» como lo hizo en el «Otello»—el sistema de diálogo continuo, sin arias ni dúos, sin repetición de palabras, salvo en los conjuntos que reúnen algunas veces diez voces y que son una de las partes más magistralmente trazadas en la partitura. Por este sistema ha dado á la comedia bifa una vida y un movimiento escénico que no había tenido nunca, habiendo abierto el camino á producciones de un género que había pasado precisamente por el abuso de procedimientos contrarios.

Esto no habría tal vez bastado para

explicar el éxito extraordinario de «Falstaff», pero el maestro ha desplegado en esta obra tanta melodía, tanto conocimiento de la escena y sobre todo una tal abundancia de riquezas instrumentales, que el público, sugestionado por esta sucesión continuada de seducciones, se dejó llevar por una especie de torbellino de admiración.

Imposible analizar página tras página una obra de tanta importancia y señalar todas las bellezas; sería necesario citarlo todo. Puede decirse, sin embargo, que las partes que más impresionaron al público, son: en el primer acto, la introducción y el conjunto hermosísimo del coro de hombres; el monólogo del «honor», admirablemente detallado por Maurel; el cuarteto de mujeres en el segundo cuadro y el final.

En el segundo acto, el diálogo musical se desarrolla sobre motivos que se suceden y cambian de carácter, sin cesar de ser hermosísimos. El monólogo de Ford, sublevándose á la idea de ser cornudo, es notable un trozo de declamación á la vez cómico y terrible. La frase orquestal que subraya la entrada de Falstaff, cuando viene de hacer el guapo, para ir á ver á su amada, es una escena musical que basta para dar el éxito á una ópera. En cuanto al final de este acto, la busca de Falstaff por la casa y la escena de la canasta—creemos que en el teatro actual no hay ninguna pieza musical de un efecto tan irresistible; la orquesta hace el primer papel y los sesenta instrumentistas de la Scala levantan la sala por su maravilloso conjunto y su incomparable virtuosidad.

Las escenas fantásticas del acto tercero están adorablemente tratadas; la inspiración sale en cada frase y la exquisita voz de la joven cantante encargada del papel de Nannetta, la señorita Adelina Sthele, les dió un valor de primer orden.

Una grandiosa fuga, sobre un viejo motivo clásico, una fuga de diez partes reales y coros, con todas sus entradas, sus modulaciones, su *stretta* y su pedal final—termina la partitura; el estallido vocal y musical de esta fuga, «fuga de la reconciliación», es grandioso y cierra dignamente la obra de José Verdi.

La Publicidad.

LA SEMANA

Local

El jueves llegó á esta ciudad el excelentísimo Sr. D. Rafael Prieto y Caules con el objeto de luchar en la próxima elección para Diputado á Cortes.

Aunque por sucesos de todos conocidos, no debe EL PUEBLO tomar, por ahora, parte activa en la campaña electoral de este distrito, se complace en dar la más respetuosa bienvenida al distinguido correligionario Sr. Prieto y Caules.

Con el propio objeto llegó el miércoles á Ciudadela el candidato conservador Excmo. Sr. Duque de Almenara.

En la última sesión ordinaria acordó el Ayuntamiento de esta ciudad modificar con arreglo á lo dispuesto por el señor Gobernador, el art. 11 del Reglamento del Cuerpo médico benéfico sanitario, á fin de que pueda ser aprobado por dicha autoridad. Acordó también la Corporación municipal que la Comisión

de Beneficencia proceda á recibir la instalación del alumbrado eléctrico del Teatro Principal, y que en vista de que en el mismo se ha conseguido armonizar la esplendidez con la economía, presenten dentro de quince días la Comisión de Beneficencia y la Junta de Instrucción pública proyectos para instalar el alumbrado eléctrico en los establecimientos municipales de Beneficencia y escuelas públicas.

Con el beneficio de la simpática actriz D.^a Balbina Casases, terminó en «El Isleño» la temporada de funciones que tanta concurrencia ha llevado á aquella favorecida sociedad.

La beneficiada estuvo inimitable tanto en el monólogo *La criada*, que dijo muy bien, como en las demás obras, y recibió gran cosecha de aplausos que merecidamente le prodigó el público que con tanto gusto la ha escuchado durante la temporada.

En la pieza *Las tres alegrías* el señor Fábregues caracterizó á perfección su papel, logrando ser aplaudido y mantener continuamente la hilaridad en el público. En *Com sucseheix moltas vegades* estuvo muy bien.

D. Francisco Seguí rayó, en esta última pieza, á gran altura.

Los Sres. Portella, Perfecto y Pallarés, secundaron admirablemente á los demás aficionados, logrando también justos plácemes.

Para hoy se anunció baile de piñata y para el próximo domingo la primera función de la temporada de Cuaresma, en la que debutará la actriz D.^a Irene Busutil, pues la Sra. Casases ha entrado á formar parte de la compañía que ha de actuar en el «Club Republicano Coalicionista», sito en el local que ocupó el casino «El Recreo».

A consecuencia de haber reaparecido el cólera en Marsella y en algún otro punto de Europa, han llegado estos días varios buques, casi todos de vapor, para purgar cuarentena en el Lazareto.

La circunstancia de hallarnos en pleno invierno, no ha de ser motivo de que se omitan en esta ocasión las medidas de sanidad é higiene, que son el mejor preservativo contra la epidemia.

Esta noche tendrá lugar en el «Club Republicano Coalicionista» de la calle de la Concepción, una función dramática, por una compañía compuesta de la aplaudida actriz Sra. Casases y de varios de los principales aficionados de esta ciudad, poniéndose en escena el precioso drama de Zorrilla, *Traidor, infame y martir*. Terminada la función habrá baile de sociedad.

El Sr. Obispo de esta Diócesis se encuentra en esta ciudad desde el miércoles, habiendo bendecido el jueves las dos campanas que por legado de doña Ana Cardona, acaba de adquirir la Parroquia del Carmen.

El jueves se celebró en el Teatro principal el beneficio del maestro D. Domenico Bellissimo. Sea porque nos hallamos en cuaresma, sea por el natural cansancio que producen los últimos días de Carnaval, la concurrencia á la función fué escasísima, no obstante las generales simpatías que ha merecido el beneficiado, y lo selecto y escogido de las piezas del programa.

Este consistió en la ópera *Cavalleria rusticana*, la sinfonía *Coriolano* de Beethoven, ejecutada por la orquesta; pieza *A une fleur!* por piano y violín, de Papiñi, ejecutada por los señores Bellissimo y Seguí (D. Pedro); melodía *Mi bien*, le-

tra del conocido impresor D. Bernardo Fábregues, y música del mismo Sr. Bellissimo, ejecutada por la tiple Sgna. Avoleo, y el acto tercero de *Gioconda*. Todos los números fueron aplaudidos, especialmente la pieza de violín y piano, que ejecutaron admirablemente nuestro querido amigo y paisano el Sr. Seguí y el Sr. Bellissimo, y la melodía *Mi bien*, pieza que revela en su autor, el beneficiado, una originalidad y sentimiento nada comunes, y que la Sgna. Avoleo interpretó á satisfacción. La poesía, sacada del tomo *Albores de la vida* del señor Fábregues, es verdaderamente bella y se hizo popular en esta ciudad, habiendo ya inspirado otra melodía, que compuso el malogrado D. Jaime Calafat.

En dicha función se estrenó el alumbrado eléctrico en el escenario, corredores, cafés y demás dependencias, con un éxito completo.

Según nos manifiesta nuestro amigo D. Francisco F. Andreu, que tiene bastante correspondencia con los Estados Unidos, le llegan las cartas y periódicos de aquella república sin sellos.

Los que esto lean extrañarán llegue así á destino la correspondencia; pero mas extrañarán aún que sea la polilla de correos que quita los sellos porque son los conmemorativos del centenario

de Colón, que el gobierno de los Estados Unidos ha emitido recientemente, y que tienen muchos admiradores.

Sería de desear cesara este abuso.

CENTRO GENERAL DE NEGOCIOS

Esta Sociedad compra el cupón de 1.^o Abril próximo, de las Deudas amortizable y 4 por 100 Exterior y de los Billetes Hipotecarios de Cuba.

También compra monedas de oro españolas y extranjeras con una prima crecidísima.

Se encarga además, mediante una módica comisión, del canje de los títulos de la Deuda del 4 por 100 interior.

Mahón 17 de febrero de 1893.

Goñalons, Carreras y C.^a

Observaciones meteorológicas durante la semana.

Días	Barómetro á 0° en milims.		TEMPERATURA				Humedad relativa		Lluvia en 24 horas	VIENTOS		Agua evaporada en 24 horas	
	9 m.	3 t.	Máxima Sol	Mínima Sombra	Mínima Irradiación	9 m.	3 t.	Dirección		Velocidad en 24 h. km.			
12	763.54	761.34	22.3	16.3	9.2	8.3	91	86	»	SO	NO	222	2.3
13	764.84	763.03	20.2	14.0	9.2	8.5	74	89	»	E	E	186	1.5
14	781.82	761.07	21.2	15.3	8.6	7.5	88	86	»	SE	SE	223	1.2
15	760.15	760.14	21.0	15.2	11.3	10.5	94	95	»	SE	SE	360	1.2
16	759.52	759.31	22.3	17.1	11.8	10.5	93	95	»	SSE	SSO	373	2.3
17	766.88	767.37	20.7	13.2	9.0	8.0	79	74	»	NNO	N	224	2.3
18	768.83	767.17	21.7	15.5	6.8	4.8	79	71	»	ONO	ONO	»	»

Mauricio Hernandez.

honras fúnebres, ya que importaba á Napoleón III no aparecer desligado de lo que tendía al prestigio de la Francia.

«Fué acompañado con gran pompa al sepulcro, dice una de sus biografías, (1) virtiéndose ante su cadáver siete tétricos discursos, por boca de lo más escogido de París, como lo eran el cura de San Sulpicio; Mr. Berard, en nombre de la Facultad; Mr. Dubois d'Amiens, en el de la Academia de Medicina; Mr. Perdrix, por la Sociedad médica de socorros del departamento del Sena; Mr. de Buny, representante de la Escuela de Farmacia; Mr. Barthe, delegado por la Sociedad médica de Emulación; y Mr. Bouet, en representación de los estudiantes de Medicina de París. Y no habiendo podido atravesar el inmenso gentío, ni llegar hasta el féretro, Mr. Briere de Boismont, ni Mr. Salvandy, publicaron sus discursos, el primero en la *Union Medicale* y el segundo en el *Journal des Debats*.»

Francia supo cumplir, en aquel acto solemne, con lo que debía á Orfila. Quiso pagar, más tarde, la deuda de gratitud que con él tenía contraída, y á este efecto le elevó una estatua en el patio de la Facultad de Medicina; pero aun más que todo esto, revela la admiración que hacia él se sentía, la inmensa popularidad de que disfrutó. No hay escritor francés que no haya mentado alguna vez á Orfila. No hay novela alguna en que, teniéndose que citar, por las necesidades de la trama, algún médico célebre, no se estampe el nombre de Orfila, si se trata de la época en que él brilló. Y siempre que la cita se hace, va el nombre acompañado de los mas cariñosos, de los más encomiásticos epítetos.

Así como cuando, en la historia de las ciencias físicas, se eclipsaba para siempre, con la muerte, el famoso astrónomo de Pisa, Galileo, veía la luz primera en la Gran Bretaña, otro coloso, Newton, del mismo modo, cuando la Medicina

el que, aproximándose la hora en que toda cuenta ha de saldarse, prepara, para que obtenga, quizá, la publicidad, una obra en que se estereotipa toda una vida de trabajo. De lamentar es, á pesar de todo, que muchos de los datos que, sin duda alguna, contiene la autobiografía de que nos ocupamos, no puedan ser conocidos, porque seguramente acumularian más pruebas de su conducta como hombre de ciencia y como administrador, en el largo tiempo que vivió en la capital de Francia.

Pero, sea como quiera, la reivindicación de Orfila estaba hecha; su legado á la Facultad de Medicina le coronó en vida; el que se halló en su testamento, á favor de la *Association medicale*, de que hablamos anteriormente, destinada á socorrer á los médicos pobres y á sus viudas; hizo aumentar la deuda de gratitud después de su muerte; y que su reputación científica se había levantado más pujante si cabía, después que se le había desposeído del decanato, lo probará que en 1851 fué nombrado para el elevado cargo de Presidente de la Academia de Medicina.

Orfila vino á España en 1850, siendo acogido en Madrid con grandes muestras de respeto y cariño por todos los amantes de las ciencias, como una de nuestras glorias. «El gobierno español, dice uno de sus biógrafos, que muchos años antes le había dejado que fuese á llevar sus luces y su gloria á una nación extranjera, no tuvo demostración alguna para este sabio, orgullo de España. Las distinciones que España hubiera podido dar al grande hijo que desconoció, no hubieran podido, sin embargo, añadir nada á la estatua que le ha levantado la primera nación civilizada del mundo, ni á la ilustración y celebridad que él mismo supo dar á su apellido. Podría aplicarse á Orfila con respecto á su patria aquellas palabras del Evangelista: Vivió en medio de los suyos, y los suyos no le conocieron.»

Como anécdota que se refiere á este último período de la existencia de Orfila, transcribiremos una que cita el señor

(1) El doctor Orfila, por D. Jaime Ferrer Parpal.—Revista de Medicina—1888.

Un hombre feliz

El marqués de Viare entró ebrio en su casa poco antes de amanecer.

Aquella noche, sin embargo, estaba más perturbado que de costumbre, á causa de la mezcla de vinos, de la traición de su querida y de su desgracia en el baccarat.

Sentía zumbidos en la cabeza y una pesadez extraordinaria en el pecho.

El marqués de Viare entró por primera vez al cabo de un año en el cuarto de su mujer, quizás con el estúpido empeño de despertarla de pronto, cediendo al capricho propio del borracho que, al ver que no duerme, no quiere que duerman tampoco los demás.

Hacia un momento que al bajar la escalera del Círculo recordó que el baccarat le había arrebatado hasta el último Luis.

Pero la marquesa no había vuelto á casa todavía.

—¡Ah!—exclamó el marqués—ha ido al baile de madame Rosavane. ¡Y cuánto dura el maldito baile!

El señor de Viare estuvo á punto de tener un rasgo de buen humor é hizo ademán de estrellar una silla contra la pared. Pero se contuvo, limitándose á encogerse de hombros.

—¡Vaya una casa la mía!—dijo para sí.

Y se dirigió á su cuarto, donde se dejó caer sobre la cama, vestido, con el sombrero puesto y los pies colgando.

¡Qué vida aquella! ¡Y pensar que hay empleados de comercio que envidian á ciertas gentes porque tienen caballos, hoteles propios y queridas en abundancia!

Pero las casas del marqués estaban hipotecadas y todas las rentas empeñadas y comprometidas.

El juego había contribuido en gran parte á tan terrible situación y el marqués tenía que pagar una importante cantidad que había quedado á deber bajo palabra.

El desdichado aristócrata trató de echar sus cuentas en su confuso ensueño, mas no pudo sumar.

—¡Serán unos cien mil francos!—murmuró—¿pero con qué voy á pagarlos?

El marqués se había levantado y daba paseos por el aposento con la cabeza un tanto serena y el estómago siempre más pesado.

No le había sentado bien el acostarse.

En cuanto á los cien mil francos, hay que convenir en que no contaba siquiera ni con el primer mil.

¿Qué hacer? ¿Pedir prestado? ¿A quién?

Ocurriósele vagamente la idea de vender las joyas de su esposa y los diamantes de Lila Biscuit llevados al Monte de Piedad, pensando que luego podría restituir las alhajas cuando le favoreciese la suerte.

Porque, en verdad, es muy duro eso de verse inscrito en el Círculo como deudor de mala fe.

En aquel momento pasó el marqués por delante de un gran espejo, y no se reconoció de pronto.

Apoyó después los codos sobre la chimenea y se puso á sollozar como un niño.

¡A tan deplorable situación había llegado el marqués en cinco años!

Cuando se casaron en Bretaña Berenguela y él, sonreiales el más brillante y lisonjero porvenir.

Ambos habían partido para la vida como se va hacia un país fantástico y encantador. Resultado: la mujer en un baile ó en otra parte cualquiera á las seis de la mañana, arrastrando faldas

no pagadas á la modista, y el marido ebrio y angustiado, aceptando con una carcajada la falsedad de su palabra y la insolvencia de su honor.

El marqués levantó la cabeza y dijo para sí:

—¡No, no es posible! ¡Basta ya!

Había asaltado su imaginación la idea de la muerte. ¿Y por qué no? ¿Le amaba alguien en el mundo? ¿Sentía él cariño hacia determinada persona? Su madre vivía en Bretaña y hacía más de un año que no mantenía correspondencia con ella. Con respecto á su hija, solían enseñársela de cuando en cuando en brazos de la nodriza, á la cual decía:

—¿De veras cree usted que se me parece?

Por lo que se refiere á su mujer, hacía ya mucho tiempo que no se ocupaba de ella para nada.

Si de pronto le hubieran dicho: «Berenguela acaba de entrar en su cuarto con un hombre», habría penetrado en la estancia por un vago resto de respeto humano, y habría abofeteado el amante, fingiendo hallarse poseído de cierta indignación de buen tono.

Así, pues, el marqués de Viare podía morir tranquilo, sin experimentar ni producir remordimiento alguno.

Abrió un cajón y cogió un revólver cargado.

Pero no instantáneamente se apoderó de su ánimo la idea de otra muerte menos ruidosa.

Probó con la mano la solidez de un brazo de bronce clavado en la pared, y con una brusca sacudida arrancó el cordón de la campanilla. Era en verdad, todo cuanto necesitaba para ahorcarse.

Estaba atando el cordón al brazo de bronce, con verdadero método y admirable serenidad, cuando de repente se abrió la puerta del cuarto.

—¿El señor ha llamado?—preguntó

un lacayo corriendo los cortinajes de la ventana.

El marqués estaba en pie, con el cordón en las manos, bajo el resplandor de la luz matutina.

Dió orden de que le ensillaran un caballo y se retiró á su tocador.

Al cabo de una hora corría al tróte por un camino de las inmediaciones de la capital.

Allí encontró á la marquesa de Viare, la cual, después del baile de Mme. de Rosavane, no había hecho más que pasar por su casa con objeto de ponerse un traje de amazona y volvía de la Vaquería, donde varios amigos se habían dado cita, pero donde no había encontrado más que á Mr. de Fuyroche.

Continuaron los tres juntos su paseo, hablando de la próxima estación balnearia, del castillo, de la montaña más en moda, á donde irían á pasar los meses calurosos del verano, y de mil cosas por el estilo.

El marqués de Viare, sobre todo, estaba de buen humor, hablaba en alta voz y se reía á carcajada tendida.

Un vagabundo, un desarrapado que dormía á pierna suelta sobre la hierba, se despertó al ruido de los jinetes, y pasando la cabeza por entre las ramas de un árbol, hizo un ademán de envidia y amenazó con el puño á aquel hombre feliz.

CATULO MENDES.

En la imprenta de B. FABREGUES

calle Nueva, 25

se imprimen con prontitud y esmero

Tarjetas menú,

Tarjetas de visita,

Sobres comerciales,

Tarjetas-programa.

Muñoz Gaviria. «En enero de 1853, dice, vió entrar en su gabinete á un magnífico nabab indiano que creía tener dos narices y que atraído por la reputación universal del sabio, venía, desde Lahore, á hacer que Orfila le librase de la nariz suplementaria. Cruel hubiera sido responder á un enfermo de esta clase y que venía de tan lejos, que lo que tenía era una manía, y que no poseía sino la nariz que Dios le había dado, y buena por cierto. En verdad, dijo Orfila, jamás he visto una nariz mejor, pero médico y filósofo el ilustre toxicologista aparentó prestarse á las falsas ideas del indiano, examinó bajo todas sus fases aquella pretendida nariz parásita, y con sangre fría y aplomo le dijo:

—Mañana quedará V. desembarazado de ella, vuelva V. al medio día.

Al día siguiente se procuró Orfila en los gabinetes de disección una nariz. Adormeció al indiano por medio del cloriformo, y le aplicó durante su sueño un vendaje, fingiendo diestramente todos los incidentes de una operación. Al despertarse ¡qual fué la alegría del indiano cuando el hábil operador le mostró y colocó entre sus manos aquella nariz, causa de todos sus pesares y de que le había desembarazado su hábil mano! Así fueron pasando las cosas algunos días; pero una nueva alarma vino á turbar la tranquilidad del operado.

—Señor, dijo este á su operador, creo que vuelve á retomar la nariz. En vano trató Orfila de persuadirle lo contrario; en vano hubo ido á consultar á Mr. Velpeau, célebre médico también, que le dijo que la operación estaba perfectamente hecha y que la cura era radical: el pobre nabab no quedó enteramente convencido y se volvió á Lahore, diciendo volvería al año próximo á hacerse de nuevo operar.» (1)

(1) El lector habrá visto la analogía de esta anécdota con un célebre cuento relativo á un individuo que creía tener en el interior del cráneo una campanilla, de donde le fué extraída por un procedimiento parecido al empleado por Orfila con el personaje indio.

Además de los honores obtenidos por Orfila, que se consignaron en la página 34, y de los que se han ido citando en lugar oportuno, fué miembro de las academias médico quirúrgicas de Hanau, Cadiz, Sevilla, Santiago, Liorna y otras, así como fué, además de Comendador de la Legión de Honor, Caballero de la Real y distinguida Orden de Carlos III, de la de Santa Ana de Rusia, de la de Leopoldo de Bélgica, de la del Cruceiro del Brasil, etc.

Nacido para el trabajo, trabajó hasta la última hora de su existencia. El día 5 de marzo de 1853 ocupó su cátedra, como siempre, y su discurso de este día en el aula fué, como dice poéticamente uno de sus biógrafos, el último canto del cisne de Mahón. Sorprendióle un aguacero, y á consecuencia del enfriamiento producido, murió de una pulmonía aguda el día 12 del citado mes y año, hallándose muy cerca de los 66 de edad. Quedábase algo que hacer por la ciencia, al hombre que había dedicado á ella la actividad intelectual de toda su vida. El producto de su trabajo, legado estaba al mismo fin, según se ha dicho. ¿Qué queda, en la tierra, del ser humano, cuando, apagándose la antorcha de la vida, va el alma á sumergirse en el misterioso océano de la inmortalidad? Solo fijos despojos, que han de devolver á la tierra lo que de ella recibieron para su constitución. Pues estos despojos quedaron también legados á la ciencia, para que la autopsia del cadáver sirviera de tema al estudio de un día de los alumnos de la Facultad de Medicina, de esa Facultad que consideraba como suya por derecho de los esfuerzos empleados en su prosperidad.

Su muerte originó una manifestación de duelo, tanto en París como en el resto de Francia. Los hombres del segundo imperio napoleónico, que se formó á consecuencia del golpe de estado del 2 de diciembre de 1852, quisieron desmentir públicamente la especie, por demás cierta, de que Orfila hubiese sido víctima inocente de la revolución de 1848, y para ello se valieron del recurso de tributar á sus restos suntuosas